

Carbó, Margarita, *Evolución histórica de la propiedad comunal. Marco jurídico*, México, 1996, Universidad Autónoma Chapingo, 77.

Diría que a esta altura de la película ya nadie pone en duda que la utopía del PRI ha evidenciado a plenitud sus patrañas y sus infinitas limitaciones, por lo que debería accionarse la moviola, volver a 1910, y averiguar cuándo y cómo se malogró la revolución mexicana.

Si bien Carbó se remonta más atrás buscando las raíces del desaguisado en la agresión colonial, al implantarse de forma violenta una cultura diferente, antagónica de la que las gentes del actual México habían forjado durante un largo proceso, o en la llamada guerra de la independencia, coincidiendo con una impactante insurgencia rural que, derrotada, supuso la llegada al poder de los liberales, con un programa que contemplaba desamortizar -liquidar los últimos restos de la sociedad aborígen y del manejo comunitario de la tierra- así como la expansión de cultivos más comercializables o de la ganadería, violentando por doquier comunidades e implicando el exterminio de las naciones resistentes del norte, todo lo cual trajo nuevas revueltas. Maximiliano intentó detener el marasmo social frenando la embestida liberal, pero la victoria de Díaz incluyó su reinicio y una nueva etapa en el acoso a las comunidades, pues enarbolando la bandera de la civilización contra la barbarie, trajo represión, genocidio y etnocidio, dictadura y dependencia, acometida en la que ahora jugaron rol destacado compañías ferroviarias o deslindadoras, que, entre otras cosas, significó el engrandecimiento de latifundios ya descomunales.

Enfatiza la autora la sorprendente resistencia de los perjudicados, prueba de su arraigo cultural, y el fracaso capitalista para neutralizar estos antiguos vínculos, llevando a la escisión oligárquica y al estallido insurgente de 1910.

Tendría el último capítulo por apretada y magnífica síntesis de éste, cuando los comuneros protagonizaron "una revolución moderna para que se les hicieran valer derechos de siempre, porque tenían confianza en la legitimidad de sus demandas [...pues] cuando la posibilidad de blandir banderas reivindicativas se presentó, lo hicieron a partir del principio y la convicción de que si el pasado había sido suyo, el futuro podía serlo también". Capítulo que concluye evocando como los defensores del proyecto comunero "fueron a la postre derrotados, coptados, dispersados y muertos por la facción revolucionaria que se planteaba como meta para México, el acceso a niveles más acabados de desarrollo capitalista". Y yo añadiría que, una vez más, la realidad ha perfeccionado la ilusión.

Pontífices de la Historia Oficial tacharán a Carbó de militante, pues no se dedica sólo a reproducir embustes sobre el pasado perpetrados por el sistema para perpetuarse, tiene la desfachatez de replantearse el discurso falaz con la intención, de momento quimérica por supuesto, de desbordar una sociedad injusta, represora y cautiva; así concluye la Presentación apuntando deberían rescatarse "los viejos valores de solidaridad y ayuda mutua", que constituían el eje de la vida comunitaria, en desesperado intento, en medio del triunfo neoliberal, de restaurar "la dignidad individual y colectiva, avasalladas por el afán de lucro y ambición de poder despegados sin límites ni cortapisas".

Miquel Izard